

estos subsistan en la contemplación directa de quien los provoca, de otro modo no es posible. Empeñado, pues, en la lucha, una y otra vez acecha a su enemiga la soledad, la rodea, se busca métodos para encerrarla y traerla a su terreno, la golpea con furia, trata de ignorarla, de pervertirla, de convencerla y todo es inútil, y aunque Sábato sabe que la emoción, el amor y el arte son los medios para derrotarla nunca los emplea a fondo y la soledad renace victoriosa una vez y otra.

Quiero terminar esta muy breve introducción rindiéndome a la tentación de transcribir una frase suya, desalentadora, que podría situarse en la base de todo su pensamiento. Aparece en *Heterodoxia* y dice así: «Somos como esos presos a perpetuidad que construyen barquitos dentro de una botella, o lapiceros de colores.»

LA MUJER EN «HETERODOXIA»

Es *Heterodoxia* un poderoso conjunto de pensamientos escasamente ordenados en algo que parece como la agenda del escritor, donde éste apunta brevemente ideas que se le ocurren, frases, sobre temas que le preocupan, que le satisfacen o que simplemente desea utilizar desarrollándose en otra ocasión. Y no obstante, *Heterodoxia* es, pienso, su libro de ensayo más interesante y en el que mejor se trasluce su personalidad, su pensamiento y su ideología. Trata en él un puñado de temas: la filosofía, la novela, la estética, Dios, la Historia, el lenguaje, el estilo, la creación, el Sistema... sus temas básicos de siempre. Pero trata de una forma especial el tema del hombre y la mujer, más concretamente, el problema de intentar definir algo que él reconoce tan indefinible como es el alma femenina.

Las páginas que vienen ahora son precisamente una discusión abierta sobre la imagen que Sábato tiene de la mujer en *Heterodoxia*. Una imagen con la que personalmente estoy en desacuerdo, un desacuerdo que intentaré expresar guiándome por las opiniones que Sábato expone en su libro.

La igualdad entre los sexos

Comienza el libro con una acusación de Sábato al siglo XIX, aquel siglo cándido según su propia definición, de habernos traído la errónea idea de que el hombre y la mujer son iguales. Esta acusación, así expresada, parece indudablemente machista. Pero el autor va más allá al aclararnos que las diferencias entre el hombre y la mujer, que existen, valorizan a esta última, algo con lo que tengo que estar de acuerdo. De lo que huye fundamentalmente Sábato al decir esto es de

la cosificación sexual, de la antiindividualidad. No hay teoría feminista más radical que la que asegura que el hombre y la mujer no son iguales, que existen más diferencias entre los dos sexos que las biológicas, diferencias que en cualquier caso sólo pueden ser correctamente conocidas y valoradas en toda su amplitud por otras mujeres.

Pero donde yo pienso que yerra Sábato es cuando procede, a lo largo de su libro, a enumerar esas características diferenciales del sexo femenino, características propias de la mujer, y no me vale que Sábato afirme el hecho de que el ser humano posee tanto características femeninas como masculinas cuando afirma también que existen defectos, virtudes y actitudes femeninas, propias de las mujeres, por tanto, mucho menos cuando esas características que él define pesan a la mujer enormemente y desde siempre, pues están basadas en la comodidad del macho, en su necesidad de establecer jerarquías y en su seguridad de ser superior. Además esas características son las que generalmente le son aplicadas a la mujer... por el hombre.

Coexistencia de lo femenino y lo masculino

Dice Sábato: Femenino-Masculino; los dos principios coexisten en el ser humano. Esto es indudablemente cierto. Lo que no lo es tanto es la cura en salud que nuestro autor se hace cuando otorga la posibilidad de que características propias de cada sexo existan también en el otro. Esto no es lo mismo que coexistir. Así vemos que lo que Sábato hace es dotar a la mujer de características propias y al hombre de características igualmente específicas a su sexo, las reúne luego en cada ser humano y afirma después la coexistencia de valores de cada sexo en cada persona. Veamos, pues, cuáles son esas características que nuestro autor adjudica a las mujeres y discutámoslas, si podemos.

El hombre y la mujer no son iguales.

Completamente de acuerdo, no son iguales. Tampoco se puede decir que un sexo sea superior a otro. Ni tampoco que las diferencias se limitan a lo biológico. Pero tampoco se puede afirmar que existen características propias de la mujer radicalmente opuestas a otras propias de los hombres que sitúan a ésta, ya lo veremos, como una especie de ectoplasma viscoso, puro sexo, inamovible y eterno. Eso es peor pienso yo, más peligroso, que afirmar la igualdad entre hombre y mujer.

Los caracteres Hombres y Mujer arquetípicos rigen de alguna manera los caracteres de los hombres y las mujeres reales.

Estoy convencido de que no existen caracteres arquetípicos en el Hombre y la Mujer. Y aun el hecho de que existieran, estos serían

de muy distinto pelaje de lo que supone Sábato. Suponer en el sexo femenino y masculino una serie de condicionantes implícitos que contribuyen a definir sus características como hombres y mujeres reales es bastante masificador, está bastante en desacuerdo con la importancia que Sábato da a la individualidad.

La mujer no es sólo indiferente a la abstracción, sino que incluso le repugna.

Sábato apuntala su afirmación con el hecho de que no hay apenas en la historia mujeres filósofas. Esto no tiene nada de extraño si tenemos en cuenta que, en comparación con el hombre, apenas hay mujeres médicos, ingenieros, historiadores, pintores, o toreros. La mujer jamás ha tenido en toda la historia de la Humanidad la posibilidad de acceder a la cultura con la facilidad (relativa también, pero infinitamente superior) que el hombre, con lo que el hecho de que no haya en la Historia apenas mujeres filósofas no quiere decir nada. ¿Que la mujer no tiene una actitud positiva hacia la abstracción? De nuevo comprobamos cómo la mujer, obligada a ejecutar un papel pasivo, aferrado a circunstancias concretas (parir, dar de comer a los hijos, la casa, la tierra) difícilmente ha tenido tiempo siquiera de intentar la abstracción. Ahora, que dicen que las cosas van cambiando, comprobamos que la mujer sí tiene una actitud hacia la filosofía, las facultades de letras están llenas de mujeres, mucho más que de hombres.

La mujer es ilógica e irrealista (contrariamente al hombre), pero se adhiere a su insensatez con furia realista y conservadora (...). La mujer va de lo descabellado a la realidad, centrípetamente.

Esta afirmación, además de manida e injusta, ha servido secularmente al hombre para someter a la mujer en base a la inconsciencia de esta última. Puesto que la mujer vive en un mundo de irrealidades (es tan absurda que incluso se aferra desesperadamente a ellas) debe ser el hombre, racional y directo, el que decida, el que gobierne, el que cuente. No se le puede dejar, evidentemente, a la mujer, que acceda a puestos de responsabilidad, pues de inmediato se perderá en las nubes y aplicará medidas ilógicas e irreales a hechos que precisan concreción. Se amarrará a sus errores además. Afirmar esto de la mujer es tan peligroso a mi juicio como asegurar la existencia de clases, castas, etnias o razas que no poseen la suficiente capacidad de juicio como para dirigir.

La mujer se mueve mejor en el mundo de lo concreto, de las ideas impuras, de lo irracional, de lo intuitivo.

Es lo de siempre, la mujer es intuitiva (es tanto como decir que su intuición suple a su inteligencia), instintiva. Como el hombre, que es lógico, pretende aplicar su lógica a un mundo que no lo es, yerra al